

ber á V. M., según me escribe, de darme cuenta de su conducta, en orden á dichos sucesos. Podría detenerme á combatir ciertas aserciones, que se contienen en su carta, y decirle, por ejemplo, que la ocupación extranjera de las Legaciones estaba, hace mucho tiempo circunscrita á la ciudad de Boloña, la cual no formó nunca parte de las Romanías. Podría decirle que el su puesto sufragio universal fue impuesto y no espontáneo; y aquí me abstengo de pedir á V. M. su parecer acerca del sufragio universal, como también de manifestarle mi opinión. Podría decirle que las tropas pontificias se vieron impedidas de restablecer el gobierno legítimo en las provincias insurreccionadas, por motivos, que también conoce V. M.

Estas y otras cosas podría decirle acerca de este asunto, pero, lo más que todo me impone la obligación de no adherirme á los pensamientos de V. M. es ver la inmoralidad siempre creciente de aquellas provincias, y los insultos que se hacen á la religión y á sus ministros; por lo cual, aún cuando no estuviera obligado por juramentos solemnes á mantener intacto el patrimonio de la Iglesia y á no abrir ninguna negociación para disminuir su extensión, me sentiría obligado á rehusar todo proyecto para no manchar mi conciencia, con una adhesión, que conduciría á sancionar aquéllos desórdenes y participar indirectamente de ellos, y concurriría nada menos que á justificar un despojo injusto y violento.

Por lo demás, yo, no sólo no puedo dar benévola acogida á los proyectos de V. M., sino que, muy al contrario, protesto contra la usurpación que se consuma, en daño del estado de la Iglesia, y cargo sobre la conciencia de V. M. y de cualquier otro cooperador de tan grande despojo las fatales consecuencias que de él se derivan. Estoy persuadido de que V. M., volviendo á leer con ánimo más tranquilo, menos prevenido y me-

por instruido de los hechos, la carta que me ha dirigido encontrará en ella muchos motivos de arrepentimiento

Ruego al Señor que se digne darle aquellas gracias, que más necesite V. M. en las presentes y difíciles circunstancias que atraviesa.

PÍO, PAPA IX.

Como se vé, Pío IX rechazaba, con la energía de un gran Sacerdote y la dignidad de un gran Rey, las acechanzas que la revolución le tendía, tan pérfida como hipócritamente.

Apesar de todo, consumóse el atentado; y la conciencia del Rey Víctor Manuel, despreciando las más formidables censuras de la Iglesia, desoyendo las amonestaciones del augusto jefe del Catolicismo, de quien él se llamaba *devoto hijo*, no haciendo caso de las severas reprensiones que el Sumo Pontífice le había infligido, en su calidad de Juez supremo de la justicia y del derecho, atropellando, por último, todas las reglas y todas las conveniencias de la moral positiva y del derecho de gentes, y hasta los miramientos, que debía guardar á la dignidad de su puesto, al decoro de su propia persona y á la grandeza de su país, entregóse, ligada de pies y manos, á la tiranía de la revolución, abdicando así la libertad de acción, que un verdadero rey no debe sacrificar nunca, por nada ni por nadie.

Y digo esto, porque me sobran motivos para creer que el Rey de Italia escucha todavía, en el fondo de su espíritu, el grito de su conciencia, atormentada por diez años consecutivos de violenta y cruel persecución contra la Iglesia Católica.

Víctor Manuel no ha perdido la fe, en que lo criaron sus padres, y que después nutrió y fomentó en su alma la digna y virtuosa esposa que le deparó el cielo; Víctor Manuel ha pedido al Papa, diferentes veces, por

medio de mensajeros privados, la absolución de las censuras que ligaban su conciencia; Víctor Manuel, por último, ha sabido sobreponerse, noble y generosamente, á las vanas consideraciones del mundo y resistir á todas las sugerencias de su corte incrédula é impía, cuando, colocado por una enfermedad mortal frente á frente de la eternidad y del justiciero y terrible Juez, que juzga con dureza á los reyes de la tierra (1), llamó á la cabecera de su lecho de muerte á un sacerdote de Nuestro Señor Jesucristo para que pronunciase sobre su cabeza, desceñida de la corona real, la palabra de la misericordia y del perdón; y luego quiso recibir, contra la voluntad expresa de sus médicos y de sus cortesanos, el sagrado Viático, con que se conforta el peregrino para el viaje á la eternidad y la sagrada unción, que hace invencibles á los soldados de Cristo, en esta última y decisiva batalla.

Pero el pecado del Rey es una debilidad incurable; se ha entregado á la revolución, y no tiene valor para romper los lazos inicuos con que lo tiene aprisionado; por eso, no ha tenido otro recurso, en los últimos diez años, que apelar á un sistema de transacciones, ineficaces en sí mismas y luego inaplicables en la práctica, hasta que llegó el momento en que la revolución puso la fatal disyuntiva, que pone siempre para infundir pavor y encadenar á sus antojos la voluntad de los reyes; ó pierdes la corona ó haces lo que quiero.

Así dijo la revolución al Rey de Italia, puestas en una balanza su corona real y la corona del Pontífice; ó pierdes la una ó arrancas la otra. Vaciló el Rey, por un momento, como había vacilado siempre, antes de consumir los anteriores atentados; mas, luego, echóse en brazos de la revolución, resuelto á inmolar al Pon-

(1) Libro de la Sabiduría, cap. VI, v. 6.

tificado, para salvar del naufragio revolucionario su corona real y la suerte de su dinastía.

Entonces fue cuando escribió la última carta, fecha 8 de setiembre último, en la que la revolución le ha hecho desempeñar la más triste y desgraciada figura: la que hacen siempre en la historia los poderes débiles, que sacrifican al justo, protestando su inocencia y cediendo únicamente á los bastardos estímulos del respeto humano y la ambición.

Esa figura hizo Pilatos, cuando se lavó las manos después de haber decretado la crucifixión del Salvador (1).

Los revolucionarios de Italia han ordenado á S.M. que hincó una rodilla delante de Pío IX y diga al Papa, inclinada la cabeza y puestas en tierra las insignias reales: *Ave Pater*, Dios te salve, Padre; *Ave Rex*, Dios te salve, Rey; *Ave Pontifex*, Dios te salve, Pontífice; por lo demás, ellos se encargan de demostrar al mundo con sus *burlas*, sus *ironías* y sus *ultrajes*, que todo eso es una inmundada farsa, que sería *ignominiosamente ridícula*, si no fuera *excesivamente impía*.

Esto, y no otra cosa, significa la carta de 8 de setiembre; y el gran pecado del Rey consiste en haber prestado su persona y su nombre para una *bajeza tan indigna*.

Aún no conocemos la respuesta que Su Santidad habrá dado al Rey, en el caso de que haya creído conveniente hacerlo; pero no podemos dudar de que, si existe, será tan firme, tan noble y digna como las anteriores.

Una vez puesta en evidencia la hipocresía, con que la revolución ha hecho aparecer á la persona del Rey, en presencia de Pío IX, examinemos, aunque ligera-

(1) Evangelio de San Mateo, cap. XXVII, v. 24.

mente, la misión á Roma del conde Ponza di San Martino y la circular del ministerio á los Obispos del Reino. Tal será la materia de mi próxima carta. Vuestro atento servidor.

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 19 de noviembre de 1870.

*
**

CARTA DECIMA

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

Siento la necesidad de repetiros que la revolución italiana ha sido condenada por la Providencia á cavar su sepultura, en la Ciudad de los Papas.

La sombra del Pontificado, como la de ciertos árboles, causará la muerte del monstruo.

Y su muerte no ha de ser común; morirá enfurecida, devorando sus propias entrañas.

El primer síntoma de la enfermedad mortal, de que adolece, es la *confusión de las lenguas*: muy pronto vendrán la *dispersión* y el *castigo*.

Los que gobiernan á Roma no se entienden entre sí. Este es un punto en que están acordes los periódicos italianos y las correspondencias particulares.

Y la manzana de la discordia es un Anciano desarmado, que vive oculto, en el rincón de un Palacio, y emplea, la mayor parte del tiempo, en implorar humildemente las misericordias del Señor.

Y lo notable es que la Revolución se ríe de ese po-

bre Viejo, lo insulta y lo escarnece; quienes mejor lo tratan se compadecen de su desgracia y, más todavía, de su insensata tenacidad.

Esta es la segunda vez que Pío IX sufre las burlas, los insultos y la compasión de la Revolución.

Lo mismo sucedió en 1849.

Entonces decía el señor conde de Montalembert, en la primera tribuna de Europa, las siguientes preciosas palabras:

“Y ¿qué ha resultado de esa lucha entre Napoleón y Pío VII? Una gran debilidad y una gran desconsideración para el gran Emperador, y, al fin de cuentas, una gran derrota. Porque, y esto es lo más grave, lo que debe llamar la atención de todas las inteligencias, aun de las más hostiles, aun de las menos sensibles á las preocupaciones, que quizá se supone que me dominan en este momento, es que, no sólo el descrédito y la desconsideración siguen, tarde ó temprano, á los que luchan contra la Santa Sede, sino también la derrota! Sí, la derrota es cierta, muy cierta, notadlo bien!

“Y ¿por qué es cierta la derrota? Ah! notad bien esto; porque hay entre la Santa Sede y vosotros, ó cualquiera otro, que quisiera combatir contra ella; hay desigualdad de fuerzas. Y tened bien entendido que esta desigualdad no os favorece, porque es contra vosotros. Teneis 500,000 hombres, flotas, cañones, todos los recursos, que puede suministrar la fuerza material. Es verdad. Y el Papa no tiene nada de esto, pero tiene lo que no tenéis, tiene una fuerza moral, un imperio sobre las conciencias y sobre las almas, imperio que no podéis pretender, en manera alguna; y ese imperio es inmortal”.

“Lo negáis? ¿Negáis la fuerza moral, negáis la fe, negáis el imperio de la autoridad pontificia sobre las almas, ese imperio que ha vencido á los emperadores